

**PROPAGAR AL CRISTO RESUCITADO,
ASCENDIDO Y TODO-INCLUSIVO
COMO DESARROLLO DEL REINO DE DIOS**

(Jueves: sesión de la noche)

Mensaje tres

**Ser testigos del Cristo resucitado, ascendido
y todo-inclusivo**

Lectura bíblica: Hch. 1:8; 2:32-36; 3:14-15; 4:33; 5:30-32; 7:56; 20:28; 26:16; 16:31

I. En el libro de Hechos los apóstoles y los discípulos fueron testigos de Cristo—1:8; 4:33:

- A. Según la revelación contenida en el libro de Hechos, todo aquel que es levantado y enviado por el Señor es un testigo del Señor—1:8; 26:16.
- B. En el Nuevo Testamento el significado de *testigo* es principalmente llevar un testimonio vivo de Jesucristo en Su crucifixión, resurrección y ascensión—1:22; 2:32; 5:32; 10:39-40; 17:3, 18; 23:11; 24:14-15.
- C. Para testificar es necesaria la experiencia de ver y disfrutar lo relacionado con el Señor o con las cosas espirituales; esto difiere de simplemente enseñar—2:42.
- D. El Señor puso a Pablo por ministro y testigo—26:16:
 - 1. Un ministro tiene que ver con el ministerio; un testigo, con el testimonio.
 - 2. El ministerio está relacionado principalmente con la obra, con lo que un ministro hace; un testimonio está relacionado con la persona, con lo que es una persona.
 - 3. Pablo era un testigo de las cosas en las cuales él había visto al Señor y de las cosas en que el Señor se aparecería a él—v. 16.
- E. En Su ascensión el Señor lleva a cabo Su ministerio en los cielos mediante testigos, quienes dan testimonio de Él en Su vida de resurrección y con Su poder y autoridad de ascensión—1:8; 2:32-36, 40; 4:33.

II. El Cristo revelado en Hechos está en resurrección—1:3; 2:32; 3:15; 4:33:

- A. Mediante la muerte, Cristo entró en otra esfera, la esfera de resurrección:
 - 1. Debido a que Cristo es el Viviente con una vida indestructible, la muerte no puede retenerlo—He. 7:16; Hch. 2:24.
 - 2. Él mismo se entregó a la muerte, pero la muerte no pudo retenerlo; más bien, la muerte fue derrotada por Él, y Él resucitó.
- B. Necesitamos conocer a Cristo en el poder, la esfera y el elemento de Su resurrección—Fil. 3:10-11.
- C. La resurrección de Cristo era el enfoque del testimonio de los apóstoles—Hch. 1:22; 2:32; 3:13, 15, 26; 4:33; 10:39-40; 13:33; 17:3, 18:
 - 1. Dios glorificó a Su Siervo Jesús por medio de Su resurrección y en Su ascensión—Lc. 24:26; Hch. 3:13, 15, 26; 4:10, 33; 5:30-31.
 - 2. La resurrección del Señor Jesús evoca Su encarnación, Su humanidad, Su vivir humano y la muerte que Dios le asignó, y conduce a Su ascensión,

Su ministerio y Su administración en el cielo, y también a Su regreso—2:23; 1:9-11.

III. El Cristo revelado en Hechos está en ascensión—vs. 9-11; 2:32; 5:31:

- A. Mientras que la resurrección es un asunto de vida, la ascensión de Cristo es un asunto de posición, y la posición es un asunto de autoridad.
- B. La ascensión del Señor fue Su iniciación en Su vivir y ministerio en los cielos; esta iniciación lo introdujo en una nueva esfera, es decir, en los cielos donde ahora Él tiene Su vivir y está ministrando.
- C. La ascensión del Señor lo introdujo en una nueva etapa: la etapa de un hombre resucitado que vive en los cielos como centro de la administración de Dios—Ap. 5:6:
 - 1. Esta Persona resucitada ahora está sentada en los cielos a fin de ejercer la administración de Dios—He. 12:2.
 - 2. El Cristo resucitado ascendió a los cielos a fin de ser exaltado por Dios y recibir el reinado, el señorío y la autoridad como Cabeza sobre todas las cosas—Fil. 2:9-11; Ef. 1:22.
 - 3. El Cristo ascendido también obtuvo el trono, la gloria y toda la autoridad en el universo—Ap. 5:6; He. 1:3; 2:9; Mt. 28:18.
- D. El Cristo ascendido es el Señor de todos para poseer a todos—Hch. 2:36:
 - 1. El señorío de Cristo es uno de los aspectos más importantes de lo que Él obtuvo en Su ascensión—10:36.
 - 2. Puesto que el señorío de Cristo fue plenamente establecido en Su ascensión, es necesario que nosotros, los miembros de Su Cuerpo, comprendamos este hecho celestial—Ef. 1:20-21.
- E. El Cristo ascendido es el Ungido de Dios a fin de efectuar la comisión de Dios de llevar a cabo la propagación del evangelio y la edificación de la iglesia—Hch. 1:8.

IV. El Cristo revelado en Hechos es el Cristo todo-inclusivo—3:14-15, 25-26; 5:30-32; 7:56; 10:36, 39-43; 16:31; 17:30-31; 20:28:

- A. Cristo es el autor de la vida—3:14-15:
 - 1. Como indica la palabra griega traducida “Autor”, Cristo es el origen o el Originador de la vida; Él es el Autor, el Líder principal, de la vida—v. 15.
 - 2. En Hechos 3 vemos la impartición de vida a otros, lo cual equivale a propagar a Cristo; para tal propagación, necesitamos al Señor como Autor de la vida, la fuente de vida.
 - 3. Como Autor de la vida, Cristo es el Santo y el Justo—v. 14.
- B. Cristo es el Siervo de Dios—vs. 25-26:
 - 1. Dios glorificó a Su Siervo Jesús mediante Su resurrección y ascensión—v. 13.
 - 2. Como descendencia de Abraham y Siervo de Dios, Cristo es Aquel en quien todas las familias de la tierra —de toda raza, color y nacionalidad— serán benditas—vs. 25-26.
 - 3. Dios envió al Cristo ascendido de regreso como una bendición al derramar el Espíritu en el día de Pentecostés; por tanto, el Espíritu que Dios derramó es el Cristo a quien Dios había resucitado y exaltado a los cielos—2:33; 3:13-15, 25-26.

- C. Cristo es el Príncipe y el Salvador—5:30-32:
1. Dios exaltó al hombre Jesús y lo puso como Líder máximo, como Príncipe, como Soberano de los reyes para que gobernara al mundo, y como Salvador para que salvara al pueblo escogido de Dios—Ap. 1:5; 19:16; Hch. 5:31.
 2. El título *Príncipe* está relacionado con Su autoridad, y *Salvador* está relacionado con Su salvación; Él gobierna soberanamente sobre la tierra con Su autoridad a fin de que prevalezca un entorno adecuado para que el pueblo escogido de Dios reciba Su salvación—cfr. 17:26-27.
- D. Cristo es el Hijo del Hombre—7:56:
1. Hechos 7:56 revela que Cristo es el Hijo del Hombre que está de pie a la diestra de Dios para dar consuelo, aliento y fuerzas a quien estaba siendo martirizado por Él.
 2. Esteban vio al Cristo ascendido como Hijo del Hombre; esto indica que el Cristo que está en los cielos todavía posee Su humanidad; Él continúa poseyendo Su naturaleza humana.
- E. Cristo es Dios—20:28:
1. Cristo como nuestro Dios es Aquel que compró la iglesia, habiéndola ganado por Su propia sangre—v. 28.
 2. Dios obtuvo, compró y redimió a la iglesia “con Su propia sangre” (v. 28), “la sangre de Jesús Su Hijo”—1 Jn. 1:7.
 3. Cristo murió en la cruz como Dios-hombre, y la sangre que Él derramó allí por nuestra redención era la sangre no solamente del hombre Jesús, sino también la sangre del Dios-hombre.
 4. La sangre mediante la cual Dios adquirió la iglesia es la propia sangre de Dios.
- F. Cristo es el Señor de todos—Hch. 10:36:
1. *Todos* en Hechos 10:36 se refiere a todos los pueblos—1 Ti. 2:4.
 2. El Cristo ascendido es el Señor de todas las distintas razas y pueblos que hay en la tierra; Él no hace acepción de personas—Ap. 5:9.
- G. Cristo es el Juez—Hch. 10:39-43:
1. Cristo ha sido designado por Dios para ser el Juez de vivos y muertos—v. 42.
 2. Cristo es un hombre que juzgará al mundo, tal como fue designado por Dios en justicia y según es demostrado por el hecho de que Dios lo resucitó de los muertos—17:30-31.
- H. Cristo es el Señor Jesús, el objeto de la fe de los creyentes—16:31:
1. Creer en el evangelio consiste principalmente en creer en Jesucristo—v. 31.
 2. Creer en el Señor Jesús es estar afirmados en la persona de Cristo y todo cuanto Él logró, lo cual constituye la creencia, la fe, propia de la economía neotestamentaria de Dios—1 Ti. 1:4.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

CRISTO, AQUEL QUE ESTÁ EN ASCENSIÓN

Después que el Señor resucitado finalizó aquel adiestramiento de cuarenta días, Él tuvo paz para dejar a los discípulos. Por tanto, los trajo a todos ellos al monte de los Olivos, desde donde fue llevado a los cielos (Hch. 1:11-12). Su ascensión lo introdujo en una nueva etapa: la

etapa correspondiente a un hombre resucitado que vive en los cielos para implementar en la tierra lo dispuesto por Dios. Este Cristo resucitado ahora está sentado en los cielos a fin de ejercer la administración de Dios (2:36; He. 12:2).

Después que el Cristo resucitado mediante Su sopro infundió el Espíritu vivificante en los discípulos como vida, como suministro de vida y como el todo para su hombre interior, ellos fueron hechos Dios-hombres, hombres que habían sido mezclados con Dios. Ellos estaban llenos con la vida divina en el aspecto esencial, pero todavía no eran aptos para llevar a cabo la economía de Dios. Por tanto, el Cristo resucitado tenía que ascender a los cielos a fin de ser exaltado por Dios y recibir el reinado, el señorío y la autoridad como cabeza sobre todas las cosas. Él también obtuvo el trono, la gloria y toda la autoridad en el universo. Mientras los ciento veinte oraban sobre la tierra durante diez días, Dios hacía del Cristo exaltado el Rey, el Señor y Aquel que es Cabeza sobre todas las cosas. Dios le estaba dando la autoridad, el trono y la gloria a Aquel que había sido exaltado: Cristo, Aquel que está en ascensión.

Derrama el Espíritu Santo

Como Aquel que está en ascensión, Cristo derramó el Espíritu Santo (Hch. 2:33) sobre toda carne (v. 17a) para bautizar a todos Sus creyentes en un solo Cuerpo (1:5; 1 Co. 12:13). En Hechos 2:33 Pedro proclamó: “Así que, exaltado a la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís”. El hecho de que el Cristo exaltado recibiera la promesa del Espíritu Santo en realidad significa que Él recibió al Espíritu Santo mismo. Cristo fue concebido por el Espíritu en Su aspecto esencial para existir en la humanidad, y Él fue ungido con el Espíritu en Su aspecto económico para llevar a cabo Su ministerio entre los hombres. Después de Su resurrección y ascensión, todavía era necesario que Él recibiera nuevamente al Espíritu en Su aspecto económico para que derramase dicho Espíritu sobre Su Cuerpo a fin de llevar a cabo Su ministerio celestial en la tierra para el cumplimiento de la economía neotestamentaria de Dios. El mismo Espíritu que fue infundido en los creyentes en el aspecto esencial como vida en la resurrección de Cristo mediante Su sopro, ahora era derramado sobre ellos en el aspecto económico por Cristo en Su ascensión. En Su ascensión y después de ella Cristo recibió del Padre al Espíritu todo-inclusivo en el aspecto económico y lo derramó sobre los creyentes para su ministerio y obra.

Cristo derramó el Espíritu Santo sobre toda carne, esto es, sobre todos los seres humanos caídos, sin distinción de sexo, edad o condición, a fin de bautizar a todos Sus creyentes en un solo Cuerpo (v. 17a; 1:5). Fue mediante el Espíritu que Cristo, como Cabeza del Cuerpo, bautizó a todos Sus creyentes en Su Cuerpo (Mt. 3:11; Hch. 1:5; 11:15-16; 1 Co. 12:13). El Nuevo Testamento revela que Cristo es Aquel que bautiza en el Espíritu Santo (Mt. 3:11; Mr. 1:8; Lc. 3:16; Jn. 1:33). Con respecto al bautismo en el Espíritu Santo, en Hechos 1:5 el Señor dijo: “Juan bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de no muchos días”. Esto fue logrado en dos pasos, en dos diferentes instancias. Primero, el día de Pentecostés, Cristo, la Cabeza del Cuerpo, habiendo recibido nuevamente el Espíritu en el aspecto económico en Su ascensión, bautizó a los creyentes judíos en el Espíritu. Ese fue el primer paso, la primera instancia, en la que Cristo bautizó al Cuerpo en el Espíritu. Después, en casa de Cornelio, Cristo, la Cabeza, bautizó a todos los creyentes gentiles en el Espíritu (10:44-47; 11:15-17). Aquel fue el segundo paso, la segunda instancia. Mediante estos dos pasos, estas dos instancias, Cristo, la Cabeza del Cuerpo, bautizó todo Su Cuerpo en el Espíritu de una vez por todas.

Debido a que Cristo ha bautizado a todos Sus creyentes en Su Cuerpo por medio del Espíritu, en 1 Corintios 12:13 Pablo dice: “En un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un solo

Cuerpo”. El Espíritu es la esfera y el elemento de nuestro bautismo espiritual, y en este Espíritu fuimos todos bautizados en una sola entidad orgánica, el Cuerpo de Cristo. Por tanto, todos nosotros, sin importar nuestra raza, nacionalidad ni posición social, debemos ser este único Cuerpo. Cristo es la vida y el elemento constitutivo de este Cuerpo, y el Espíritu es la realidad de Cristo. Es en este único Espíritu donde todos fuimos bautizados por Cristo en este único Cuerpo viviente para expresar a Cristo.

De esa manera el bautismo en el Espíritu Santo fue realizado una vez para siempre. Ahora no tenemos necesidad de ser bautizados en el Espíritu Santo nuevamente, sino que simplemente debemos experimentar el bautismo que ya fue realizado en el Espíritu Santo. Del mismo modo que no tenemos que ser crucificados nuevamente a causa de la obra completa realizada por Cristo en la cruz, tampoco es necesario que seamos bautizados nuevamente en el Espíritu Santo. Cristo, la Cabeza, ya bautizó a todo el Cuerpo en el Espíritu Santo. Únicamente debemos experimentar lo que la Cabeza ya aplicó al Cuerpo.

Si hemos de experimentar el bautismo en el Espíritu Santo, primero tenemos que comprender que el Señor ha ascendido, con lo cual estableció Su señorío y autoridad como cabeza (Hch. 2:36). Debido a que Cristo fue establecido como Señor y Cabeza, Él derramó el Espíritu Santo sobre Su Cuerpo (v. 33). Segundo, tenemos que mantener una relación apropiada con el Cuerpo. Sólo entonces podremos decirle al Señor, la Cabeza, que conocemos Su Cuerpo, que somos miembros regenerados de Su Cuerpo y que estamos correctamente relacionados con el mismo, y que sobre esta base reclamamos el bautismo en el Espíritu Santo que ya fue realizado sobre Su Cuerpo. Entonces experimentaremos verdaderamente el maravilloso bautismo en el Espíritu Santo. Si no entendemos la ascensión de Cristo ni estamos en la posición apropiada con respecto al Cuerpo, no importa cuánto oremos y demoremos en oración, difícilmente tendremos tal experiencia. Por tanto, si hemos de experimentar el derramamiento del Espíritu Santo, tenemos que comprender que en la actualidad Cristo está en ascensión y es el Señor y la Cabeza de toda la iglesia, y tenemos que permanecer firmes en la posición correcta con relación al Cuerpo.

Hecho Señor y Cristo

Como Aquel que está en ascensión, Él fue hecho Señor, el Señor de todos para poseerlo todo (10:36), y fue hecho Cristo, el Ungido de Dios (He. 1:9) para llevar a cabo la comisión de Dios.

Señor: el Señor de todos para poseerlo todo

Hechos 2:36 dice: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”. Por ser Dios, el Señor siempre fue Señor (Lc. 1:43; Jn. 11:21; 20:28). Pero como hombre, Él fue hecho Señor en Su ascensión, después que, en Su resurrección, introdujo Su humanidad en Dios. Dios siempre fue el Señor, pero ahora un hombre está sentado en el trono como Señor. Después que Jesús fue crucificado y sepultado, Dios le resucitó y le sentó a Su diestra, haciendo de este Jesús, un nazareno, el Señor del universo. Para que Dios sea el Señor no es necesaria investidura alguna, pero que un pequeño hombre de un lugar menospreciado sea hecho Señor requiere de una verdadera investidura. Ahora este hombre de Nazaret ha sido investido para ser el Señor de todos. Por la ascensión Pedro comprendió que aquel mismo hombre Jesús, a quien él había seguido por tres años y medio, había sido investido para ser Señor de todos. Ahora el Señor del universo, el Señor del cielo y la tierra, es un auténtico hombre llamado Jesús. Es debido a ello que proclamamos: “Jesús es el Señor” e invocamos: “Oh, Señor Jesús”.

Cristo en Su ascensión fue investido como Señor de todos, no solamente de todos los hombres, sino también de todas las cosas (Hch. 10:36). Como Señor, Cristo ahora posee el universo entero, al pueblo escogido de Dios y toda cosa, asunto y persona positiva. Cristo es el Señor no solamente del pueblo escogido de Dios, sino también de los ángeles y de todos los que estarán en el milenio y en el cielo nuevo y la tierra nueva. Por tanto, Él es el Señor de los cielos y la tierra, así como de toda cosa y persona redimida por Él. En ascensión, Él es el Señor de todos para poseerlo todo.

El señorío de Cristo es uno de los aspectos más importantes referentes a lo que Él obtuvo en Su ascensión. Puesto que el señorío de Cristo fue plenamente establecido en Su ascensión, todo lo que tenemos que hacer nosotros —los miembros de Su Cuerpo identificados con Cristo la Cabeza— es aprehender este hecho celestial (Ef. 1:20-23). Una vez aprehendemos el hecho de que Cristo ha obtenido el señorío, entonces nosotros, quienes como iglesia somos Su Cuerpo, tenemos que aplicarlo. Podemos ejercer tal señorío Suyo orando por los creyentes y los pecadores que se encuentran en una condición miserable (Mt. 18:18-19; 28:18-19). En nuestra oración por ellos, debemos tomar como base Su ascensión, proclamar Su señorío y decirle al Señor que tiene que ejercer Su señorío con relación a ellos. En esta clase de oración valiente y extraordinaria, reclamamos lo obtenido por el Señor en Su ascensión, esto es, Su señorío. En lugar de rogar al Señor que haga algo por nosotros, debemos aprender a orar reclamando aquello que el Señor ya obtuvo en Su ascensión.

Cristo: el ungido de Dios para llevar a cabo la comisión de Dios

En Su ascensión Cristo no solamente ha sido hecho Señor de todos, sino también el Cristo de Dios a fin de llevar a cabo la propagación del evangelio y la edificación de la iglesia para que el pueblo escogido de Dios pueda ser salvo y perfeccionado con miras a constituir la Nueva Jerusalén, la cual será la morada eterna de Dios y Su manifestación eterna en conformidad con la economía neotestamentaria de Dios para la satisfacción eterna de Dios. Como el Enviado y el Ungido de Dios, Él era el Cristo en la eternidad y desde Su nacimiento (Dn. 9:26; Jn. 1:41; Lc. 2:11; Mt. 1:16). Él fue llamado el Cristo desde Su nacimiento, fue ungido en Su bautismo (3:13-17) y fue llamado el Cristo por Pedro, quien dijo: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (16:16). Esto tenía por finalidad que Él llevara a cabo la primera sección de la economía de Dios a fin de efectuar la obra redentora de Dios y liberar la vida divina mediante Su ministerio terrenal. Pero en Su ascensión Él fue oficialmente investido en la posición propia del Cristo de Dios, Aquel designado por Dios, para llevar a cabo la segunda sección de la economía de Dios a fin de producir y edificar la iglesia mediante Su ministerio celestial.

Aunque Él fue ungido en Su divinidad desde la eternidad y fue ungido en Su bautismo, no fue oficialmente investido como Cristo sino hasta Su ascensión. Cuando Jesús ascendió a lo alto, Dios hizo oficial tal designación. Cristo no solamente ha sido escogido, designado y ungido por Dios, sino que también fue investido en Su cargo por Dios mismo. De este modo Dios declaraba ante el universo entero que éste es Aquel a quien Él designó para llevar a cabo Su plan eterno, el cual consiste en edificar Su templo: la Nueva Jerusalén. Por tanto, como Aquel que está en ascensión, Cristo fue hecho Señor y Cristo (Hch. 2:36) para que Él lo poseyera todo y, mediante Su ministerio celestial, llevase a cabo la comisión dada por Dios al ejecutar el plan de Dios (10:36; He. 1:9). (*La conclusión del Nuevo Testamento*, págs. 3084-3089)

CRISTO, EL AUTOR DE LA VIDA

El Señor Jesús es el Autor de la vida. Como tal, Él es el origen u Originador de la vida, el

Santo y el Justo; Él fue muerto por los líderes judíos, fue resucitado de los muertos por Dios y fue testificado por los discípulos.

El Origen o el Originador de la vida

En Hechos 3:14-15 Pedro le dijo al pueblo judío: “Mas vosotros negasteis al Santo y Justo, y pedisteis que se os diese un homicida, y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos”. La palabra griega traducida “Autor” es *arcegós*, que significa “autor”, “fuente”, “originador”, “líder principal”, “capitán”. En 3:15 se refiere a Cristo como la fuente o el Originador de la vida, y por ende, el Autor de la vida, en contraste con un homicida. Según este versículo Pedro indicó que Cristo es la fuente, el origen y el Iniciador de la vida; Él es el Autor, el Líder principal, en cuanto a la vida. Aquí vemos la impartición de vida en otros, lo cual equivale a propagar a Cristo. Para tal propagación, tenemos necesidad del Señor como Autor de la vida, como fuente de la vida.

El Santo y Justo

Cristo es el Autor de la vida y, como tal, es también el Santo y Justo. Según 3:14, el Señor es el Santo. En este versículo “Santo” indica que Jesús, el nazareno, Aquel que fue menospreciado por los líderes judíos, vivía absolutamente para Dios y estaba completamente apartado para Él. Además, Él era absolutamente uno con Dios. De acuerdo al significado que la palabra *santo* tiene en la Biblia, denota a alguien que está absolutamente entregado a Dios, que vive absolutamente para Dios y que es absolutamente uno con Dios. En toda la historia de la humanidad únicamente el Señor Jesús ha sido tal clase de persona. A lo largo de toda Su vida el Señor Jesús estaba absolutamente apartado para Dios, vivió absolutamente para Dios y fue absolutamente uno con Dios. Nunca hubo un instante en que Él no vivió absolutamente para Dios ni fue uno con Dios. Por tanto, Él es llamado el Santo. Únicamente Él merece el título *el Santo*.

En 3:14 Pedro llamó al Señor Jesús no solamente el Santo, sino también el Justo. Ser justo es cumplir toda justicia con Dios y también con toda persona y cosa. Únicamente el Señor Jesús puede ser llamado el Justo, porque sólo Él cumplió toda justicia con Dios y con toda persona y cosa. En nosotros mismos no podemos cumplir toda justicia con Dios, con los demás o incluso con todas las cosas. Por tanto, nosotros no podemos ser el Justo.

Por ser el Justo, el Señor Jesús es Aquel que es correcto. Él jamás cometió injusticia en relación con Dios mismo, ni en relación con alguna persona o cosa. Consideren la ocasión cuando purificó el templo: “Halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de Mi Padre casa de mercado” (Jn. 2:14-16). El Señor Jesús ciertamente estaba en lo correcto al hacer esto. Si no lo hubiera hecho, se habría comportado como un político. El Señor vio la situación pecaminosa y se indignó. Como Aquel que es el Justo, el Señor purificó el templo de manera justa. Él jamás fue injusto, pues siempre fue el Justo. Como Aquel que es el Justo, Él cumplió toda justicia con Dios, con el hombre y con todas las cosas en los cielos y en la tierra.

Muerto por los líderes judíos, resucitado de los muertos por Dios y testificado por los discípulos

Pedro quería que la gente viera que Aquel a quien los líderes judíos mataron es el Autor de la vida. Si bien fue muerto, Dios le resucitó de los muertos. Con respecto al Señor como

hombre, el Nuevo Testamento dice que Dios le resucitó de los muertos (Ro. 8:11); pero al considerarlo como Aquel que es Dios, nos dice que Él mismo se levantó de los muertos (14:9). Además, los apóstoles, Sus discípulos, fueron testigos del Cristo resucitado, quienes daban testimonio de Su resurrección, lo cual constituye el enfoque crucial en la realización de la economía neotestamentaria de Dios.

CRISTO, EL SIERVO DE DIOS

Como Siervo de Dios, Cristo fue resucitado por Dios para traer la bendición legada por pacto a Abraham, primero a los judíos, el pueblo escogido de Dios, a fin de que ellos se convirtieran de sus maldades.

Resucitado por Dios para traer la bendición legada por pacto a Abraham

En Hechos 3:25-26 Pedro dijo: “Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con vuestros padres, diciendo a Abraham: ‘En tu descendencia serán benditas todas las familias de la tierra’. A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a Su Siervo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de sus maldades”. Aquí la “descendencia” de Abraham, en quien todas las naciones de la tierra serían benditas, se refiere a Cristo (Gá. 3:16). Cristo es Aquel en quien todas las familias de la tierra —de toda raza, color y nacionalidad— serán benditas. Además, Dios envió al Cristo ascendido de regreso primeramente a los judíos al derramar Su Espíritu en el día de Pentecostés. Por tanto, el Espíritu que Dios derramó es el mismo Cristo a quien Dios había levantado y exaltado a los cielos. Cuando los apóstoles predicaban y ministraban a este Cristo, el Espíritu era ministrado al pueblo.

En aquel entonces, cuando Pedro proclamaba lo que consta en Hechos 3:26, Cristo, el Siervo de Dios, ya había ascendido a los cielos y todavía estaba allí. No obstante, Pedro dijo al pueblo que Dios había enviado a Cristo para bendecirlos. ¿Qué quiere decir esto? En realidad, Dios había recibido a Cristo en los cielos. Pero aquí Pedro afirmó que Dios había enviado al pueblo a Aquel que había ascendido. ¿De qué manera Dios envió al Cristo ascendido a los judíos? Dios le envió al derramar el Espíritu. Esto implica que el Espíritu derramado es, en realidad, el propio Cristo ascendido. Cuando el Espíritu derramado vino al pueblo, tal Espíritu era Cristo, Aquel que había ascendido, enviado por Dios a ellos. Con base en esto podemos ver que el Espíritu derramado es idéntico al Cristo ascendido. En la economía de Dios, para la experiencia de Su pueblo, el Cristo ascendido y el Espíritu derramado son uno. En la economía de Dios Cristo y el Espíritu son uno para nuestro disfrute.

Enviado primero a los judíos, el pueblo escogido de Dios, para que ellos se conviertan de sus maldades

En estos versículos Pedro indica que Dios había enviado a Su Siervo primero a los judíos para bendecirlos al derramar Su Espíritu sobre ellos. Ahora ellos debían recibir a este Siervo, el cual no estaba lejos de ellos. Aunque Él está en los cielos, en el aspecto económico Él ahora está entre ellos como Espíritu derramado a fin de bendecirlos. Si ellos invocan el nombre del Señor Jesús, recibirán Su persona: el Espíritu Santo. Entonces tendrán la bendición de Dios. Es de este modo que recibimos la bendición que Dios se propuso darnos enviando al Cristo ascendido de regreso a nosotros como Espíritu vivificante. (*La conclusión del Nuevo Testamento*, págs. 3091-3093)